

EL ATLANTE.

*Aquel pueblo es verdaderamente libre
donde las leyes mandan y los hombres obedecen.*

La Present. de Ntra. Sra.

FRANCIA.

Valençay 5 de Setiembre.

Hoy se han celebrado en esta ciudad las exequias de Carlos Mauricio de Perigord, principe de Talleyrand.

Conociendo que se acercaba su fin, el principe fundó hace algunos años un establecimiento de caridad para la instruccion elemental y gratuita de los niños pobres del término de Valençay, y para distribuir socorros á los enfermos indigentes, llevándolos á su domicilio. Terreno, edificio, muebles, dependencias, todo fue comprado y construido á su costa. Destinó ademas una renta de 420 francos para la manutencion de las hermanas de la Caridad, a quienes confió la direccion de su obra pia, y en su testamento dejó con que atender liberalmente á las futuras necesidades de esta fundacion, dotándola con un capital de 500 francos.

En el recinto de este establecimiento, y bajo la salvaguardia de un beneficio, es en donde el principe creyó deber fijar su postrera morada.

Con este objeto hizo construir una elegante capilla adornada de pintadas vidrieras que representan hechos de los antiguos señores de Valençay desde el siglo x y xi en adelante; y debajo de esta capilla un panteon subterraneo, cuyas dimensiones determinó él mismo, y en donde señaló con anticipacion el sitio que debia pronto ocupar, y el de los futuros habitantes de este asilo de la muerte; porque su intencion era que aquella fuese la mansion suprema de todos los individuos de su familia. Asi que, siguiendo el ejemplo de los antiguos romanos, *monumentum sibi suis, qui ponendum curavit, et sub as-*

cia dedicavit.

Este subterraneo, al cual se baja por una escalera de 25 á 30 escalones, tiene de 35 á 40 pies de largo sobre 25 de ancho. De la bóveda, elevada 9 ó 10 pies, cuelgan lamparines. A derecha é izquierda estan dispuestos dos órdenes de nichos destinados para recibir los atahudes de los parientes del principe y de sus descendientes; y en la estremidad del panteon, enfrente de la escalera, y á cinco pies del suelo, hay otro gran nicho, que es el lugar que se habia reservado el fundador.

Por lo demas el principe no ha querido entrar sin escolta en la eterna habitacion, asi es, que le han acompañado su hermano Archibaldo duque de Talleyrand, que murió algunas semanas antes que él, y una sobriñita que murió en 1836 de edad de tres años; aquel abuelo, y esta hija del joven duque de Valençay, legatario de la magnífica posesion, cuyo título lleva, é hijo el mismo de la duquesa del Divo.

Los tres cuerpos, que fueron traídos de Paris en un carro mortuorio, construido al efecto, y llegaron ayer tarde, quedaron depositados en el coro de la iglesia parroquial de Valençay que dista cerca de un cuarto de legua del palacio del principe y de la ciudad. Los extranjeros se admirarán de esto, porque ignorarán tal vez que la iglesia se fundó hará puede ser mil años, en medio de la aldea llamada entouces Valençay la cual ha desaparecido y ha tomado su nombre la ciudad que se ha ido formando á la inmediacion del palacio ó castillo fundado en el siglo xv.

La ciudad de Valençay estaba hoy llena de curas que habian venido de las parroquias inmediatas, guardias nacionales, gendarmes, y una infinidad de curiosos atraídos

por el lucimiento y novedad de la ceremonia.

A las once de la mañana se ha dirigido cada cual á la iglesia. Las personas de distincion habian recibido billetes personales, ya para el coro, ya para las dos capillas laterales, la de la Virgen y la de San Fernando, que están comprendidas en el recinto del mismo coro.

Los parientes del Principe y algunas pocas personas convidadas por estos ocupaban la capilla de San Fernando.

Toda la iglesia estaba dispuesta en forma de capilla ardiente; las paredes cubiertas de alto abajo de colgaduras negras ribeteadas de banderolas blancas; un sin número de cirios y de bugias, y en medio del coro un magnifico catafalco; en los sillones del coro 50 ó 60 sacerdotes estuvieron cantando salmos mas de una hora antes de empezar la ceremonia. Habia algunos atriles de música colocados en orden á pocos pasos del altar; y en efecto se habia hecho venir en posta de Paris seis artistas, los cuales ejecutaron durante la misa con una armonia un gusto y una expresion admirables las mas célebres composiciones de Gossec, Lesueur, Cherubini &c.

Nada de oracion fúnebr; pero despues del Evangelio el celebrante pronunció un pequeño discurso de pie, delante del altar.

Despues de la absolucion se bajaron los tres féretros del catafalco, se pusieron en el carro mortuorio y se formó la comitiva.

El duque de Valençay hacia cabeza del duelo: segunle los demas parientes del difunto, á saber: el duque de Mouchy, hijo del capitán de guardias de corps de Luis xviii; el duque de Chalais; el conde Antonio de Noailles, y el conde Alejandro de Perigord.

Entre los precedentes y el duque de Valençay iba el baron de Talleyrand, antiguo embajador de Francia en Dinamarca, el cual llevaba en un cogin de terciopelo las veneras é insignias de las diferentes órdenes con que estaba condecorado el difunto.

En seguida iban el general Alava, embajador de España en Inglaterra; los Sres. de Francheville, prefecto del Indre; Amadeo y Julio d'Entraigues, el primero prefecto de Indre y Loira, y el segundo antiguo Diputado; el vizconde Arturo de Guinemont; Leconteulx de Cantelau; el baron Finot, Diputado; Rollin, auditor en el Consejo de Estado; despues los *alcaldes* y jueces de paz de los pueblos inmediatos &c. &c.; despues la multitud de curiosos.

El duelo se despidió á la entrada de la capilla de las hermanas de la Santa Cruz. La familia del muerto y las autoridades fueron las únicas que entraron en este segundo recinto, en donde empezaron de nuevo las oraciones y canto. Despues se bajaron los tres ataludes al panteon.

De las causas y consecuencias de los grandes establecimientos industriales.

Entre las causas que influyen en la baratura y que no pueden combinarse sin el uso de un capital adicional, se puede citar el sumo esmero que se tiene en los grandes establecimientos de no dejar sin aprovechamiento todo el importe de las primeras materias, así como los sucesivos desechos: este cuidado hace que se reúnan muchas veces en un mismo establecimiento dos clases de industria, que sin este aprovechamiento mútuo estarían separadas.

Para ofrecer un ejemplo palpable de esta especie de economía, me bastará hacer la enumeracion de los diferentes artes en que emplean las astas del ganado. El curtidor que compra las pieles separa aquellas, y las vende á las que fabrican peines, linternas, avios de caza &c. Las astas se componen de dos partes; una exterior que es una especie de corteza cornea; y otra interior formada de una materia en forma cónica, que es la parte intermedia entre los huesos y el pelo

endurecido.

La 1ª operacion se hace separando estas dos partes, golpeando el asta contra un madero; despues por medio de una sierra se divide el cuerno en tres partes, y se procede de este modo.

1º La parte inferior que es el nacimiento del asta, pasa por varias operaciones que la aplanan y dejan á manera de peine.

2º La parte del medio, achatada por medio del calor y transparente por su inmersión en aceite, se corta en capas delgadas y reemplaza al vidrio en las linternas comunes de á bordo, almacenes de pólvora &c.

3º Las puntas, que sirven para cabos de cuchillos, calzadores, cebadores &c.

4º El interior ó meollo, hervido en agua arroja mucha grasa á la superficie, se recoje esta grasa y se vende á los fabricantes de jabon.

5º El agua sobrante es una especie de cola que compran los aderezadores de telas para engomarlas.

6º Las materias ó residuos sobrantes se muelen y venden para abono de tierra ó estiércol.

Ademas las birutas que saca el fabricante de peines se venden para abono á 4 shilling (5 rs.) la fanega. Este abono produce poco efecto el primer año que cubre la tierra; pero es muy benéfico su influjo en los 4 ú 5 años siguientes. Los desechos del fabricante de linternas se ponen de pedazos muchas delgadas; de ellos recortan figurillas para juguetes y las pintan para los niños, en razon de su propiedad higrométrica que las hace doblarse con el calor de la mano, pero la mayor parte se vende para abono, y como sea tan menudo y delgado produce su efecto en el primer año.

Otra consecuencia de los grandes capitales, es la de destruir aquella clase intermedia de semitráficantes que se hallan interpuestas entre el fabricante y el mercader ó negociante.

Ya se ha experimentado este resultado, á lo menos en una especie de industria, la fabricacion de tejidos del algodón. Cuando el calisó (percal) se fabricaba en la casa de los obreros, había una clase de comisionistas ocupados en viajar úni-

camente para comprar por grandes cantidades las piezas así hechas y venderlas luego al comerciante que las embarcaba. Estos individuos intermedios estaban obligados á examinar cada pieza para cerciorarse de su buena calidad y medida; pues aunque en general confiaban del mayor número de obreros, bastaba que algun corto número procurase engañar para ser inevitable el exámen. Pero ya no se necesita de este exámen escrupuloso con las grandes fábricas, porque el valor de una buena reputacion, por apreciable que sea en todas las clases de la vida, no es tan apreciado por un pequeño capitalista, como por quien compromete en el comercio vastos capitales: cada obrero en su rincon puede esperar, que si el comprador descubre el fraude quedará este ignorado por los demas; pero la conducta y exactitud en los tratos del comerciante que negocia en grande, se escudriña y satiriza por sus competidores. De abí viene, que una reputacion sin nota equivale á un capital adicional; porque el comerciante que compra á un fabricante ahorra los gastos de comprobacion, sabiendo bien que si perdiese su reputacion perderia tambien su fortuna, y que una sola mancha sobre su nombre le atraeria infaliblemente un quebranto pecuniario, mayor que el provecho que pudiera realizar en un negocio aislado.

Bien establecida esta confianza fundada sobre la buena fe de sus fabricantes y de sus comerciantes, viene á ser una de las principales ventajas y riquezas que una nacion largo tiempo industriosa lleva á sus rivales. Esta confianza ha llegado á tan alto punto que en una de nuestras grandes ciudades se hacen diferentes compras y ventas, por considerables sumas, sin que medie papel alguno que afiance los contratos.

En la última expedicion á la embocadura del Niger se ha ofrecido un ejemplo de mala fé, de parte de un fabricante origen de graves dificultades.

«Hemos traído de Inglaterra, dice Mr. Lander, cerca de 400 millares de paquetes de agujas de varios tamaños y entre otros muchos paquetes rotulados del modo si-

guiente *White chapel sharps* garantidas por de la clase mas fina y de de no poder romperse por el ojo. Este último punto habia sido el mas recomendado por nosotros, porque suponiamos que estas agujas serian escelentes: pero ¿cual fué nuestra sorpresa cuando una porcion de los naturales á quienes las habiamos vendido nos las devolvieron á poco tiempo, quejandose de que ninguna de aquellas agujas tenian ojo de modo que ciertamente no podian romperse por él y nos vimos obligados á pagar con nuestro dinero y descrédito el infame fraude del fabricante. Al examinar en seguida los paquetes que nos quedaban las hallamos todas sin ojo, y tuvimos que tirarlas al mar. delante de los naturales por salvar en parte nuestro crédito.»

En la época del sistema continental, durante la última guerra, se ha notado un ejemplo singular de la confianza que puede inspirar una sólida reputacion. Uno de nuestros mayores establecimientos tenia la costumbre de espedir muchos géneros á una casa del interior de Alemania; pero en aquella época cerrados todos los puertos á los productos de nuestra industria, era muy arriesgada y severamente castigada toda contravencion á los decretos Napoleónicos de Milan y de Berlio. Sin embargo el fabricante ingles continuó recibiendo órdenes que le indicaban la persona de quien debia valerse para el envio, asi como la época y el modo de los pagos. Las cartas estaban escritas por letra conocida al fabricante y por toda forma llevaban el nombre de bautismo del demandante, omitiendo apellido y rubrica y aun á veces sin el nombre siquiera. Las órdenes se ejecutaron puntualmente, y jamas hubo entorpecimiento en los pagos. *Continuará.*

Variedades.

Historia del Papa Gregorio VII y de su siglo, por J. Voigt, profesor de la universidad de Halle: traducida del aleman al frances aumentada con una traduccion, notas históricas y documentos justificativos, por el abate Lager,

canónigo honorario de Nanci, Paris año de 1838.

ARTICULO SEGUNDO.

El efecto que hizo en el alma de Hildebrando su advenimiento á la silla pontificia consta de una carta que escribió el dia siguiente al abad de Monte Casio, uno de sus amigos particulares. «El Papa Alejandro ha muerto, le dice, y el daño de su muerte ha recaido sobre mí, y me ha puesto en la mayor confusion. El pueblo se ha echado sobre mí como si estuviese delirando; de suerte que puedo decir como el Profeta: *He venido á la alta mar y la tempestad me ha sumergido.* Estoy en cama enfermo. No puedo hablaros mas tiempo de mis penas. Unicamente os ruego que me encomendeis á las oraciones de los hermanos para que me libren del peligro en que estoy, y del cual hubieran debido preservarme.» En el mismo sentido escribe á Guiberto, arzobispo de Ravena, amigo suyo entonces, y que se volvió despues su mas encarnizado adversario. Le decia: quá sin darle tiempo de deliberar y ni aun de hablar, le habian arrebatado violentamente y le habian colocado por fuerza en la silla pontifical. Le rogaba que le conservase su afecto y le escribiese á menudo para consuelo de su tristeza.

Si dada no es este estilo de la ambicion satisfecha y triunfante. Comparesen estas cartas con el *Te Deum* de Sisto V.

Hildebrando tomó el nombre de Gregorio VII en memoria de Gregorio VI, primer bienhechor. Habia sido elegido por el voto libre y espontaneo del pueblo y del clero. Esta era la única especie de eleccion que habia mirado siempre como legitima, y que no habia cesado de reclamar desde el pontificado de Leon IX. Al otro dia de su eleccion envió comisionados al Emperador Enrique IV que se hallaba en Ratisbona, para darle aviso de ella y someterla á su consentimiento. Le rogaba que no la aprobase pero le declaraba al mismo tiempo que si quedaba hecho Papa estaba firmemente resuelto á no dejar impunes ni los desórdenes de la Iglesia, ni los extravíos del mismo Emperador.

Los obispos lombardos y alemanes que rodeaban á Enrique IV le aconsejaban que no confirmase de

ningun modo la eleccion. El Emperador quiso antes de decidirse aclarar este negocio. Envió á Roma al conde Everardo. Gregorio VII le recibió con toda la consideracion debida, y respondió á las observaciones que le hizo de parte del Emperador: «Dios sabe que jamas he apetecido la tiara: los romanos me han elegido á pesar mio, y haciendome violencia; pero no han podido obligarme á permitir que me consagrasen hasta estar cierto que el Emperador y los señores del reino teutónico aprobaban mi eleccion. Por esto he diferido hasta el presente mi consagracion, y la diferiré sin duda hasta que venga alguno de parte del Emperador á cerciorarme de su voluntad.»

Despues de esta conferencia Gregorio VII se retiró á Albano. La respuesta del Emperador no tardó en llegar. Enrique IV, satisfecho de las explicaciones y el respeto que le mostraba el Pontifice, confirmó autenticamente su eleccion. En seguida envió á su canciller el obispo de Verceli, en Italia, para asistir á la consagracion de Hildebrando, que se verificó el dia de S. Pedro del año de 1073.

Gregorio VII mantuvo constantemente correspondencia y trato con los hombres eminentes de su tiempo en sabiduria, y sobre todo en piedad. Les consultaba con frecuencia, buscando consuelo en ellos, y desahogandose con tan buenos amigos de sus cuidados y penas. Asi aparece de una coleccion de cartas que se han conservado. Todos le fueron fieles en sus varias fortunas. Entre ellos se cuentan particularmente Didio, el celebre abad de Monte Casio, que le sucedió en el pontificado; Auselmo, obispo de Luca, cuya vida fue una serie no interrumpida de virtudes cristianas de trabajos apostólicos y obras de caridad que hicieron bendecir su memoria; y últimamente, Hugo, abad de Clugni, venerado en aquel siglo por sus conocimientos y la austeridad de su vida. Este sobre todo poseia la confianza del Pontifice, y en las cartas que le dirigia es en donde se pueden reconocer mas bien las ideas que le preocupaban y los sentimientos de su razon. Copiaremos algunos fragmentos de esta correspondencia.

En una carta en que Gregorio VII se quejaba de Hugo porque aun no le habia dado el consuelo de venir á verle á Roma, añadia lo siguiente:

«Aunque estoy muy débil y las

fuerzas de mi alma y de mi cuerpo no son bastantes proporcionadas, tengo sobre mí un cúmulo de negocios tanto espirituales como temporales, y nadie me ayuda á llevar su peso. Temo á cada instante que voy á caer debajo de la carga, y no hallo quién me dé socorro en este desdichado siglo. Así que, te ruego por amor de Dios que encargues á nuestros hermanos que hagan continua oracion por mí."

En otra carta le decia:

«He pedido al Señor con frecuencia que ó bien me quite la vida, ó me haga emplearla en su servicio; porque me siento traspasado de dolor y envuelto en una profunda tristeza. La iglesia de Oriente se aparta de la fe, y en todas partes quitan la vida á los cristianos. Si vuelvo los ojos al Occidente y las demas regiones del mundo, apenas veo obispo cuya vocacion sea verdadera, cuya vida sea pura, y que apacienten su rebaño por celo y caridad y no por ambicion. Entre los principes seculares no conozco á ninguno que prefiera el honor de Dios al suyo y la justicia al interés. En cuanto los pueblos que me rodean, romanos lombardos y normandos, les digo muchas veces que son en cierto modo peores que paganos, y cuando entro en mí mismo y me examino bien, me hallo tan agobiado con el peso de mis culpas, que únicamente esperó misalvacion de la infinita misericordia de Jesucristo."

Por fin, en una carta del año de 1078, esto es, en la época mas gloriosa y floreciente de su pontificado se expresaba de esta suerte:

«Es tan grande mi afliccion, son tantos mis afanes, que los que me ven de cerca tienen compasion de mí; y aunque la Escritura dice que cada uno recibirá segun su trabajo, la vida me parece muchas veces llena de tedio y la muerte apetecible. Cuando Jesus, Salvador nuestro, me da la mano, experimento grande alegria; pero cuando me abandona á mis propias fuerzas vuelvo á caer en un abatimiento, y cuando aquellas me faltan del todo, le digo gimiendo: Señor si impusieses igual carga á Moisés ó á Pedro, ¿no es verdad que se hallarian agobiados?»

Lo que hemos dicho hasta aqui hasta para dar á conocer el caracter y la disposicion interior de Gregorio VII. Un hecho notable que tiene relacion con su pontificado, pero cuyas consecuencias no se extendieron fuera de los muros de Roma, las pondrá en juego á nuestra vis-

ta.

Autes convendrá dar algunas explicaciones para que se comprenda mejor el suceso.

De las ásperas costumbres de la edad media y el estado de desorganizacion social que habia producido nació un poder irregular, que se elevó por grados y fue un manantial inagotable de vejaciones y trastornos: este fue el poder feudal. En Italia hizo mas daño que en ninguna parte. Dividida en Estados perpetuos é independientes, cuya fuerza individual no bastaba para defenderla de aquellos tiranos parciales, habia sufrido muchas veces su yugo bárbaro y despótico. Roma particularmente habia sido con frecuencia el teatro de aquellas vejaciones, propias de unos verdaderos bandidos. Los señores romanos saliendo de sus castillos, asistidos de sus satélites, hacian frecuentes correrías por todo el pais, talaban la campiña y extendian sus latrocinios hasta la misma ciudad. Eran el terror del pueblo, ponian al Soberano en peligro, y mas de una vez sus armas y maquinaciones lograron disponer de la tiara.

Durante las turbulencias que precedieron al advenimiento de Gregorio VII, Cenci, hijo de Esteban Cenci, prefecto de Roma, se habia hecho famoso por su atrevimiento y sus rapiñas. Prevaliéndose de la dignidad de su padre se habia proporcionado en la misma capital varios asilos fortificados, y habia atraído á su servicio á todos los hombres perdidos y cargados de vicios y crímenes, Asesino de un tio suyo fue descomulgado por Alejandro II á instancias de Hildebrando, y huyó entonces á la corte del Emperador; pero cuando Gregorio VII se consagró de Sumo Pontifice indultó á Cenci, y este volvió á Roma despues de jurar solemnemente que renunciaria á sus rapiñas y se conduciria como un hombre de bien.

(Continuará.)

SECRETARIA DE LA JUNTA de Comercio de esta Provincia.

Dando cuenta á esta Junta, en sesion de 14 del mes corriente, los Sres. D. Antonio Cifra y D. Juan Foronda de la Comision que se les habia conferido para el examen y clasificacion del merito de los trabajos de los alumnos de la academia de Dibujo, para la esposicion

publica en el dia de S. M. reinante la Sra. Da. Isabel II manifestaron: que en su sentir y segun el dictamen del director, la obra ejecutada por D. Luis Lein era muy sobresaliente y desempeñada con la perfeccion que pudiera desearse; siguiendo en mérito á la de Lein los dibujos de D. Bernabé Rodriguez y D. Virgilio Guirlanda, tan bien ejecutados ambos y con tanta igualdad en su trabajo respectivo que no era posible dar á ninguno la preferencia.

En vista de lo manifestado y persuadida la Junta en primer lugar, que cualquiera remuneracion que pudiera consignar al D. Luis Lein siempre seria inferior al mérito de su trabajo, nada equivalente al gran placer que le habia por su aplicacion y los extraordinarios progresos con que se habia distinguido acordó se le diese por esta Secretaria, (como se le dió en efecto) un certificado, manifestandole estos mismos sentimientos de la corporacion y el aprecio que la merecia no dudando le fuese esto de mas estima y satisfacion que ningun otro premio. Y por lo respectivo á los alumnos D. Bernabé Rodriguez y D. Virgilio Guirlanda, que se hallaban en igualdad de mérito, apreciando la Junta como debia su aplicacion y á efecto de darles una prueba nada equívoca de ello, y para que les sirviese de un noble estímulo, igualmente que á los demas alumnos de la academia, acordó dar, (y se dió) el premio de una onza de oro para que dividiesen entre si, por mitad, los referidos Rodriguez y Guirlando."

Lo que participo á V. por disposicion del Sr. Vice-Presidente de la enunciada corporacion, á fin de que se sirva manifestarlo en su periódico.

Dios guarde á V. muchos años
Sta. Cruz de Tenerife 20 de Noviembre de 1838.—Lorenzo de Montemayor y Roo, Secretario.

Editor responsable P. M. RAMIREZ.

Imprenta de EL ATLANTE.